

TACTO Y TOLERANCIA

Por el M. Rev. C. W. LEADBEATER

La intención que nuestra Liturgia nos da para hoy es Tacto y Tolerancia. Y ¡qué raras son estas cualidades! Es efectivamente muy raro topar con gente que las exhiba como debiera; y, sin embargo, ¡qué falta hacen! La Tolerancia, por ejemplo, es un deber; ni más ni menos que un deber. No implica ni la más mínima flojedad o incertidumbre respecto a nuestra fe, sino una comprensión más vasta de lo que ella es en realidad. Ya sabéis que en las distintas etapas de la evolución han de destacarse diferentes aspectos de la polifásica verdad. Hay muchas clases en la escuela divina; y la intolerancia con la forma ajena de fe es comparable con la actitud despectiva—por ejemplo—de un muchacho que estudia matemáticas hacia otro porque estudia lenguas o dibujo en aquel momento. Todas estas cosas son necesarias como partes de una educación liberal. Todos, en turno, habrán de pasar por todas estas etapas, y cada religión tiene algo que dar para la comprensión total de la verdad. La verdad es una cosa muy grande, verdaderamente multilátera; y es raro encontrar un individuo o un cuerpo de individuos que posea de una vez todos los lados de ella. Vamos desenvolviéndonos gradualmente hacia el estado en que tal cosa es una realidad para nosotros; pero aún no lo hemos alcanzado. Toda verdad es potencialmente nuestra y lo será con el tiempo en conocimiento; pero, entretanto, hemos de consagrarnos a aprender un lado u otro: quizá aquel en que escaseamos en vidas pasadas.

Nosotros, que amamos el ritual, que utilizamos la efusión de fuerza que Cristo dio a Su Iglesia, estamos aprendiendo este lado de la verdad; pero hay otros muchos que gustan de lo que a nosotros nos parece una presentación intelectual de la religión enteramente fría, como algunos de los cultos disidentes; como la Iglesia Reformada de Holanda, por ejemplo, y, hasta cierto punto, entre los luteranos, que no inspiran devoción sino que son presentaciones intelectuales verdaderamente frías. Y lo mismo he oído en las predicaciones de la Iglesia Presbiteriana de Escocia: mucha argumentación sobre toda suerte de primores de las creencias elevadas, que no me interesaban porque me parecía que a nadie podían importar; además de que en muchos casos no habría ser humano que pudiera distinguir la verdad. Pero hay muchas gentes que se encuentran en tal etapa y en quienes sólo puede prender una presentación intelectual de esta clase. El desarrollo intelectual es una cosa hermosa y que de ninguna manera debe desdeñarse, aunque a mí, por encontrarme en etapa diferente, me parecen más importantes, más atractivos, otros aspectos. Quizá sea esto un prejuicio, pero hemos de estar preparados para ver que las ideas de otros son tan buenas como las nuestras; sólo que destacan un aspecto diferente de la cosa.

Las formas y nombres exteriores jamás tienen importancia. Demasiada se les ha concedido en la cristiandad, a mi juicio, por interpretación errónea de ciertos textos. Dicen que al nombre de Jesús toda rodilla debe doblarse y no puede haber salvación sino por Él. Es una mala comprensión de una verdad grande y

hermosa. Es una gran verdad que por el Cristo en el hombre todo el mundo puede lograr su progreso. El Cristo en vosotros es vuestra esperanza de gloria, como se dice con muchísima razón, y sólo por este Cristo en vosotros podéis progresar; pero esto no quiere decir que habéis de aplicarle un nombre especial y que sin su empleo fracasaréis en vuestra empresa. No es este el significado; porque empleamos muchos nombres diferentes: nosotros hablamos de *God* (Dios) y los franceses de *Le bon Dieu* (El buen Dios). Diferentes nombres se usan en las diferentes lenguas. No supondréis que a Dios le importa el lenguaje en que os dirigís a Él. Está detrás y por encima de ellos y todos son el mismo para Él. Y cuando os alejáis un poco de vuestra concepción, encontráis que otras gentes llaman a Dios *Allah* o también *Shiva*, *Vishnu*, *Bramha*. Y ¿qué importa ello? Todos son nombres aplicados a Dios; y lo mismo da aproximarse a Él en diferente religión como en diferente lenguaje. Los nombres exteriores nada importan; lo que importa es que tengáis un concepto correcto de Dios. Los que todavía le juzgan salvaje y cruel, inclemente, injusto y antojadizo, están muy lejos del verdadero concepto de Él. Por supuesto que lejos de mí la idea de que ellos no puedan llegar a Sus pies. Es indudable que llegarán por que tal es la voluntad de Dios; pero yo siento que quienes le conceptúan así se hallan más lejos de Él y de comprender la gloria y la belleza que los que sienten que Dios es Amor y que Dios es la Luz y que en El no hay oscuridad alguna.

Los que aún mantienen la visión contraria habrán seguramente de aprender mejor. Habrán de aprender más de Dios; pero, si le reconocen como Padre amoroso, no tiene la menor importancia el Nombre con que se dirigen a Él. Así, pues, todo lo que sea intolerancia con los credos ajenos es un signo de ignorancia, es un signo de egoísmo, es un signo de que acentuamos con demasiada fuerza nuestras opiniones. Habéis de tener vuestras opiniones, pero no hay que alborotarse por ellas; y no tenéis razón para tratar de imponerlas a otros. Habéis de tener en cuenta que el mundo en general no se interesa en vuestras convicciones como vosotros no os interesáis mucho en las de vuestro primer vecino. Cada uno ha de seguir su propia dirección, y a nadie podemos imputar error por ello. Estaríais seguramente dispuestos a explicar vuestras convicciones si se os requiera para ello; a dar las razones que abonan las vuestras; y si os encontráis con quien sostiene lo que a nosotros nos parece una visión enteramente errónea de Dios, tenéis derecho a presentar la vuestra, esperando que llame su atención. Pero aun entonces—no lo olvidéis—habéis de hacerlo con suavidad, con exquisita cortesía, colocándoos en el lugar del otro y sabiendo exactamente como le parecerá. Si alguien de diferente visión se pusiera a atacar con aspereza vuestra religión, y cosas que os parecen sagradas, no debéis oír sus argumentos. Si empieza con suavidad y tacto diciendo: «¿Estáis seguro de que es así?» y con tacto y sumo cuidado dé sus razones para pensar de un modo distinto al vuestro, por lo menos, no se os contraría. Veréis o no razón en su visión; pero por lo menos, no hay daño; en vuestra mente ha caído una semilla y puede ser que algún día vaya más lejos y dé su fruto.

Habéis de tener en cuenta que, en cuanto atañe a esta vida, hemos nacido todos en ciertos países y religiones, y un sentimiento vigoroso se adhiere a la

forma de religión a que nos acostumbramos. Yo nací y fui educado en la Alta Iglesia de Inglaterra. Mi madre fué discípula del Dr. Pusey, del antiguo Movimiento de Oxford. Conozco toda aquella enseñanza, dentro y fuera, desde mi juventud; y naturalmente, siempre conservo un rincón cálido para ella. Yo creo que la posición que tenemos aquí en la Iglesia Católica Liberal es más avanzada, más plena de comprensión de la verdad que la de la parte alta de la Iglesia Anglicana; pero yo siempre parezco comprender su actitud, y sin duda alguna, siento adhesión y afecto a aquella forma en que fui educado. Ya supongo yo que a todos vosotros os sucede lo mismo; pero lo que no debéis olvidar es que también ocurre lo mismo a los que sostienen convicciones directamente opuestas. Se han educado en algo que ellos aman, algo hacia que sienten afecto profundo, y habéis de tener en cuenta esto. No os precipitéis contra sus creencias; no mostrarías con ello tacto y tolerancia. Podríais mostrar noble indignación, pero estaría evidentemente fuera de lugar tratándose de cuestiones religiosas. Sed benévolo y prudentes, y veréis como al fin vuestra tolerancia se absorbe en el tacto.

Pero recordad que el tacto no es un simple modo de prosperar en el mundo, como sospecho que algunos creen. Es un deber cristiano de la mayor importancia; es realmente la benevolencia expresada en acción; y fundamentalmente, la ausencia del egoísmo. Debéis absteneros de toda aserción propia, tanto en palabra cuanto en acción. Habéis de afirmaros, como he dicho, en la tolerancia. Debéis pensar en los sentimientos del otro y colocaros en su lugar. Pensad en el modo en que le afectará vuestra acción, vuestra palabra; pensad en cómo os parecería si estuvierais en su lugar. Gentes muy buenas y muy benévolas en intención dejan de pensar en ello. No se detienen a observar como parecerá desde el punto de vista del otro, que puede diferir enteramente del vuestro.

No debéis sacrificar la verdad, pero, al mismo tiempo, debéis acentuar lo bueno en todo y en todos. No estáis obligados a imponer a los demás vuestra opinión sobre personas o cosas; pero, si os la piden, podéis dar, por lo menos, la parte mejor de ella, haciendo resaltar las buenas cualidades. Puede haber circunstancias que os obliguen a decir algo de otro; como, por ejemplo, si se os preguntan por el carácter de un criado o si alguien necesita saber toda la verdad sobre una persona a fin de capacitarse para ayudarlo mejor; y entonces habréis de mencionar tanto las faltas como las buenas cualidades; pero yo empezaría por éstas. No empujaría a las faltas a no ser que me obligara a ello una verdadera necesidad. Dice la gente: «Debéis pensar en las faltas para tratar de ayudar a corregirlas». Pero esto os muestra una ignorancia absoluta sobre psicología. Esto es precisamente lo que no debéis hacer. No debéis pensar ni hablar acerca de las faltas de nadie en la esperanza de libertarlo de ellas. Cuanto más penséis y habléis sobre algo malo, tanto más lo robustecéis, y esparcís influencia de este mismo carácter. Suponed un hombre que se ha dado a la bebida. Si pensáis: «¡Qué horrible es que alguien se embriague! ¡Qué crimen más funesto es!» estáis recalando todo el tiempo sobre la idea de beber y la embriaguez y enviando al ebrio formas de pensamiento de lo mismo; estáis haciendo su camino más difícil de recorrer. Debéis pensar con toda vuestra

fuerza: «Quisiera que este hombre fuera sobrio; yo sé que tiene poder para serlo y quisiera que lo reconociera. Voy a enviarle los pensamientos de dominio propio y sobriedad más fuertes que pueda». Pensad en el bien contrario y forzadlo sobre él, pues todo pensamiento que emitáis ayudará al hombre. Si en lugar de hacerlo así, pensáis en lo terrible de su vicio, las vibraciones mentales que expedís se hallan en armonía con el mal hábito y prenden en él y lo fortalecen. Evitadlo, pues, pensando con fuerza en el bien contrario.

Imaginad ahora el caso de una persona insensible y áspera. No penséis: ¡Qué terrible es que sea tan grosero y frío! ¡Qué horroroso es! ¡Cómo me alegro de no ser como él! Absolutamente nada hay en esto de bueno; no hace ello más que acentuar la aspereza y frialdad. Proseguid derramando amor sobre el hombre y pensad: «Dios es Amor y tú eres parte de Dios, aunque no lo sepas; y por tanto, hay amor en ti». Incitadlo; yo no sé a que profundidad estará oculto, pero cada esfuerzo le ayudará a acercarse algo más a la superficie. De este modo, los pensamientos de vuestros vecinos y amigos les serán beneficiosos; pero, al presente, vuestros pensamientos propenden a perjudicarlos. Todos abrigáis buenas intenciones, pero por falta de comprensión de las leyes de la naturaleza que son las leyes de Dios, propendéis a dirigir erróneamente vuestras energías y hacéis más mal que bien. Pensar en una cosa es siempre robustecerla; y ello requiere que os fijéis en lo bueno de todos y penséis en ello para intensificarlo. Y cuanto más intensifiquéis los buenos puntos de todos, tanto más se difundirán y desarrollarán las buenas cualidades en ellos y tenderán a reducir el mal.

Recuerdo haber leído en algún libro antiguo de los hebreos una anécdota singular, que ilustrará bien esto. Se dice que andando Jesús y sus discípulos, como solían hacerlo, por las orillas del Mar de Galilea, toparon con el cadáver de un perro en putrefacción muy avanzada y abundaron en comentar sus aspectos desagradables, su horrible apariencia, diciendo que no debiera estar allí, que los gusanos empezaban a devorarlo y demás lamentaciones usuales del caso, hasta que Jesús dijo: «Pero ¿no observáis la hermosa blancura de los dientes?». Bueno; es una que carece de importancia; pero no dejaréis de notar que El en su elevada evolución, sólo observó lo único que merecía encomio, lo único que aparecía hermoso.

Una idea parecida, pero expresada de un modo muy diferente, he oído de uno de los Maestros de la Sabiduría en las siguientes palabras: «Os entregáis mucho a la crítica entre vosotros y andáis siempre buscando faltas en todas las cosas; pero ¿no sabéis que existe una crítica que busca una perla con tanto afán como la vuestra una tacha?» Y no olvidéis que a ella debéis ateneros.

La palabra griega *kritein* significa juzgar y la palabra *crítico* debe significar exactamente lo mismo *que judicial*. *Judicial* es simplemente la traducción latina de la voz griega *crítico*, pero nosotros le hemos dado un sentido diferente; y no debiera ser así. Nuestra labor es buscar el bien e insistir sobre él, y ver que fortalecerlo es ayudar. Así hemos de encontrar lo mejor en todo y dentro de lo posible hemos de procurar ponernos en la dirección de las gentes para poderlas ayudar.

Oís en la epístola como San Pablo dijo que fuese cual fuese la situación de aquél con quien hubiera de tratar, procuraba encontrarle en la misma dirección, emplear los mismos términos y explicaciones, para poderle ayudar; para darle las buenas noticias. Dice: Si he de tratar con un judío celoso, procedo con él como si yo fuera judío; si el hombre es esclavo de la ley, muy bien; le hablo en el terreno de la ley; si ha arrojado de sí todo esto, le hablo como ajeno a ello; si carece de fortaleza, me coloco a su nivel como si adoleciera de las mismas dificultades aunque quizá no me encontrara en el caso. No hay falacia alguna en obrar así; es simplemente ponerse en su lugar y darle en aquel nivel el consejo que os parece más adecuado para él. No es útil hablar de matemáticas superiores a un niño que está aprendiendo la tabla de multiplicar; es inútil exponer los altos ideales ante un hombre que no se halla al nivel en que pueda prenderlos y comprenderlos. Así os adaptáis a cualquiera en la medida de vuestro conocimiento y poder. Y la razón de hacerlo así es la que se da en la Colecta; es decir, que Dios encuentra al hombre en el camino que éste trae y en el que pedimos la gracia del Señor para que por nuestra sabiduría y dulzura y nuestra benevolencia podamos atraer almas hacia Él y llevar a cuantos podamos el dulce mensaje de amor y fraternidad.

Para hacerlo así, debéis ponerlo en el buen camino, entrar en él y ayudar. Esto es lo que tenéis que hacer. Dicen algunos: «Si no encuentro la cosa en mi camino, yo no haré nada por mí, la cosa quedará sin hacerse». Esto es una necesidad, vanidad, egoísmo. Es vuestro deber mostraros corteses con todo el mundo. Y la razón de ello es precisamente la que se nos da aquí, en nuestra Colecta: «Concedonos en tal medida Tu sabiduría, que por nuestro amor y dulzura puedan las errantes ovejas ser guiadas a Tu redil». Esta es vuestra obra, y el camino para realizarla es el del tacto, tolerancia y amor.

(1) (Plática pronunciada en la Iglesia de San Albán, Sidney, en el decimonono domingo después de la Trinidad). Hurto este admirable artículo de *El Católico Liberal* de Octubre. Abrigo la esperanza de que el hurto será tolerado por el Editor.— A. B.